El curioso secreto de la luna

Angel Andry López
Freilen Arán López

ISBN: 978-980-18-7656-4

El curioso secreto de la luna
Angel Andry López, Freilen Arán López
Año de publicación: 2025
Depósito legal: ZU2025000417
ISBN: 978-980-18-7656-4

Para mi grandote Freilen.

Él fue el ingeniero de este cuento, su curiosidad natural y preguntas sobre el universo inspiraron el relato.

Para mi pequeño Ethan.

Que adora de igual manera el cosmos.

Agradecimientos

A Dios, que es nuestra mayor fuente de inspiración. Con él, todo es posible; sin él, nada.

A Leidis, la mamá de mis hijos. Gracias por su entrega y dedicación a ellos.

A los abuelos de mis hijos; Libardo, Aricelda, Alio e Irama, por todo su apoyo incondicional.

Al Centro Escolar Inicial Socuy, y sus docentes; Mariney Fuenmayor, Mónica Rodríguez, Maibeliris Talis y Desiree Reveról, quienes han contribuido en la formación de mis hijos.

A la Escuela Básica Nacional Nazareth, y sus docentes; Humberto Castillo, Paola López y Andrea López, quienes contribuyen incansablemente en la formación de mi hijo Freilen.

El curioso secreto de la luna

Esta es la historia de Alejandro, un niño de seis años inteligente, pero que había comenzado a perder interés por las actividades del colegio. Puede que no tenga dragones ni magia como las grandes fantasías, ni tampoco grandes hazañas como las clásicas aventuras, pero para mí guarda un valor especial, porque me enseñó una lección que nunca olvidaré.

Alejandro comenzó el primer grado con un entusiasmo que duró los primeros tres meses. Sin embargo, tras las vacaciones de diciembre, su rendimiento académico comenzó a decaer paulatinamente. Todo apuntaba a un único sospechoso: el regalo de Navidad. Aquella tablet, tan útil para el aprendizaje en teoría, se había convertido en una distracción constante, mermando sin que nadie lo notara al principio, el desarrollo cognitivo del pequeño.

Cuando sus padres, alertados por su maestro, notaron el problema, hablaron seriamente con él. Una noche de luna llena, su padre lo llevó al patio y, acostándose junto a él en el césped mientras miraban la luna, le preguntó:

—¿Por qué no quieres hacer las actividades en la escuela?

—Porque es aburrido —dijo Alejandro con una pereza que no era común en él.

El padre lo miró con seriedad, pero mantuvo la calma.

—Estudiar es como una llave que abre puertas —dijo con autoridad, pero sin alzar la voz—. Mira la luna...

Se levantó y señaló el cielo, donde la luna iluminaba todo con su brillo plateado.

—Sin estudios, todavía creeríamos que la luna es de queso. No tendríamos internet, ni videojuegos, ni medicinas cuando nos enfermamos.

Ese pequeño discurso encendió una chispa que en Alejandro se había apagado.

—¡Ah! Entonces, ¿cómo se formó la luna? —preguntó, levantándose de un salto—. ¿De qué está hecha?

El padre sintió por un instante un temor que recorría su cuerpo. Aunque intentaba guiar a su hijo, no tenía ni la más remota idea de cómo se había creado la luna; ni siquiera se había hecho esa pregunta antes. Tras unos segundos de meditación desesperada, soltó un grito casi de alivio:

—¡Ve a tu habitación y trae la tablet! —dijo, recuperando el color en su rostro.

El niño apareció rápidamente con la tablet, y se la entregó a su padre sin titubear.

—Te enseñaré cómo realmente se utiliza la tecnología. ¿Ya sabes cómo buscar? —preguntó el padre, presionando el ícono del micrófono.

Formuló la pregunta sobre el origen de la luna y, tras revisar varias teorías, seleccionó un video educativo sobre la teoría más aceptada: la del «Gran Impacto con Theia», un protoplaneta que chocó con la Tierra joven. Y aunque exploraron las otras existentes como la «Captura», que propone que la luna era un cuerpo independiente capturado por la gravedad terrestre, y la «Fisión», que postula que se desprendió de la Tierra cuando giraba muy rápido, al pequeño le resultó más atractiva la primera hipótesis.

Las animaciones resultaron fascinantes para Alejandro, perfectas para su edad. Al terminar, el niño procesó la información y exclamó con una lucidez que dejó a su padre boquiabierto:

—¡Entonces la Tierra es la madre de la luna! ¿Ese es el secreto del principio de la luna?

—Sí, podría decirse que descubriste su origen —dijo guiñándole el ojo, como acreditándole el descubrimiento.

Su padre quedó maravillado ante esa síntesis tan simple pero profunda. En efecto, según esa hipótesis, la luna se había formado con los restos de la colisión, conteniendo material de ambos cuerpos celestes.

—¡Fue una idea brillante! Entendiste mejor que yo sobre un tema tan complicado —dijo emocionado y orgulloso de la definición que había logrado Alejandro.

El niño sonrió, entusiasmado por el halago del padre. En un principio creyó que lo reprendería fuertemente, pero por el contrario se sintió valorado y querido.

Esa noche, bajo la luz de la luna que ahora entendía un poco mejor, una chispa se había reavivado en su interior. No era solo curiosidad por los planetas, que con anterioridad había mostrado inquietud, sino la reconfortante sensación de que aprender podía ser, después de todo, una aventura fascinante.

—Con los estudios podrás ser lo que te propongas, hijo —dijo con un tono cargado de todo el amor de un padre—. El conocimiento está ahí, esperando a ser hallado, y solo necesitas una cosa...

—¿Qué es, papá? —preguntó el niño, emocionado.

—Curiosidad —respondió él, mirando la luna una última vez—. Todos los inventos de los que te hablé surgieron de personas curiosas que estudiaron mucho para alcanzar sus metas.

—¡Qué bien, papá! ¡Quiero ir a la luna! —dijo Alejandro, saltando de alegría.

—Para eso hay que estudiar mucho, hijo. Tienes que realizar todas tus tareas escolares, pues de allí obtendrás las herramientas —dijo, tomándolo de la mano y caminando con él hacia la casa—. Y no solo para ser astronauta; te servirán para cualquier profesión que elijas.

—¡Sí, sí, sí, sí! —Siguió saltando el pequeño—. ¡Voy a hacer muuuuucha tarea, papá!

Su padre lo acompañó a su habitación y, tras leerle un breve cuento, el niño se durmió plácidamente.

Así como el desinterés había aparecido paulatinamente después de Navidad, ahora fue el entusiasmo el que comenzó a crecer día a día. Durante el resto del año, Alejandro mostró un rendimiento escolar sobresaliente que lo llevó a convertirse en uno de los mejores estudiantes de su clase.

Fin.